

Aún están en la calle los niños que amó Korczak *

*Prof. Rubén Naranjo***

Especialistas de distintas disciplinas que tratan la problemática social, como los antropólogos, los sociólogos, los psicólogos, los pedagogos, y los médicos preocupados seriamente por las patologías producidas por causas exógenas, coinciden en una denuncia que puede parecer increíble: en la República Argentina muere un niño cada 4 segundos (20.000 por año) por causas previsibles, y un elevado porcentaje de esas muertes son motivadas por problemas de desnutrición.

La información estremece por la crueldad que evidencia, especialmente al saberse que los episodios de desnutrición y muerte se producen en un país privilegiado por la naturaleza en la posesión de bienes alimenticios.

La Argentina posee una de las mayores praderas del mundo. Desde el océano Atlántico hasta las sierras de San Luis en el oeste, y desde el río Salado al norte hasta el río Colorado en el sur, se define una superficie de aproximadamente ochocientas mil hectáreas. Es la llamada "pampa húmeda", reconocida en todo el mundo por su producción de carnes y granos. Como además posee petróleo y se abastece de energía eléctrica y acero, es posible suponer que se trata de un país rico que puede distribuir sus muchos recursos a la reducida población, en su mayoría descendiente de los europeos, y pocos sobrevivientes de los pueblos precolombinos radicados lejos de las grandes ciudades, que habitan su dilatado territorio.

No es así, sino todo lo contrario. Pocos grupos titularizan los patrimonios productivos y, por ende, son los dueños reales o nominales del poder político, mientras la mayoría del pueblo carece de los recursos básicos para vivir dignamente.

No siempre fue así; si bien la estructura capitalista del país concentró la riqueza en pocas manos, en otros tiempos la distribución de los recursos se realizó con criterios más solidarios. Los bolsones de pobreza, que existieron a través de los años, nunca fueron desterrados; pero los índices de mortalidad infantil - por desnutrición- jamás llegaron a ser los actuales. Hubo gobiernos elegidos por el pueblo que intentaron -parcialmente- mayores coberturas para los desprotegidos, pero esa actitud se modificó sustancialmente a partir del retorno de la democracia, en el '83, debido a las exigencias de los nuevos modelos de concentración imperantes en el mundo, que fueron respetados por la dirigencia nacional.

La expresión popular "se fue la pobreza, llegó la miseria", es una patética definición de la realidad socio- económica que existe en los medios más humildes.

(*) Ponencia presentada en el Coloquio Internacional "Con Korczak: en la encrucijada de los valores educativos". Sion/Bramois. Suiza, 8 al 12/11/94.

(**) Profesor de Bellas Artes egresado de la Universidad Nacional del Litoral. Miembro del Consejo de Presidencia de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH) de Rosario.

Los sectores marginados reconocen un origen histórico y otro actual. El primero se remonta a los tiempos de la 2da Guerra Mundial, cuando el país no podía adquirir productos industriales en Europa y se vio en la necesidad de comenzar una etapa de sustitución de importaciones, objetivo que logró concretar con la instalación de fábricas destinadas a producirlos⁽¹⁾. Los establecimientos reclamaron mano de obra y por ese motivo muchos habitantes del interior llegaron atraídos por las nuevas posibilidades laborales. En su mayoría eran personas sin oficio, que emigraban de sus pueblos debido a la falta de trabajo efectivo, ya que sólo realizaban tareas artesanales o primitivas faenas agrícolas de regímenes estacionales que limitaban las prestaciones a breves períodos. Al llegar a las ciudades se ubicaron en sus márgenes y construyeron precarias viviendas utilizando adobe, chapas, cartones, sin disponer de servicios esenciales: agua potable, sanitarios, luz eléctrica. Nacieron las *villas miserias*, habitadas por miles de personas de piel tostada por el sol que soñaron y aspiraban a una vida mejor.

En general la ciudad los discriminó y si bien muchos obtuvieron ocupación permanente, los distintos hábitos culturales establecieron diferencias, que se hicieron más patentes con los recién llegados que no se adaptaron a los cambios y anduvieron errando sin rumbo, perdida la paz y la belleza de su geografía original y en medio de ciudades que no tuvieron voz para el diálogo ni manos para el encuentro fraterno⁽²⁾.

Aquel esplendor industrial, que respondió a un modelo de acumulación- incentivación del mercado interno y creación de mano de obra intensiva- fue declinando y concluyó hace algunos años cuando el nuevo orden mundial impuso condiciones particulares a las economías de casi todos los países mediante la valorización financiera del capital. La aplicación de los principios de la reconversión, para ajustar las producciones a las exigencias de la denominada "economía de mercado", arrasó con legiones de trabajadores que perdieron sus puestos. Cientos de desocupados - la ciudad de Rosario (un millón de habitantes) es una de las más castigadas del país ya que se estima que entre desocupados y subocupados el porcentaje llega al 24% de la población activa- recorren las calles tratando de realizar cualquier tarea remunerada, aunque la oferta posible no signifique participar de ninguna relación estable con reconocimiento de salarios vigentes ni cobertura asistencial.

En tiempos no demasiado lejanos el trabajo doméstico -a cargo de mujeres adultas y de niñas- y las tareas a destajo llevadas a cabo por los hombres - carga y descarga de mercaderías, limpieza de huertas, jardines y cunetas- proporcionaban reducidos ingresos que sumados a eventuales auxilios alimentarios a cargo de instituciones oficiales y privadas (especialmente brindada a los niños en los establecimientos escolares que de esta manera transformaron su función educativa en asistencial), posibilitaron formas muy elementales de subsistencia. La profunda crisis económica que afecta de sobremanera a amplios sectores de la población, limitaron aquellas posibilidades porque las ofertas laborales - aún las más modestas- desaparecieron y los comedores comunitarios no cubren las necesidades actuales.

En Rosario, como en la mayoría de las grandes ciudades, todos los días, al caer la tarde, se ven caravanas de personas - adultos y niños- marchando por las calles empujando elementales carritos, hechos con cajones y destartaladas ruedas oxidadas, que salen a buscar la basura depositada en las veredas antes de que los vehículos recolectores autorizados levanten los paquetes acumulados.

La basura es revisada cuidadosamente y separados los desperdicios comestibles. Es seleccionada de acuerdo a su composición: cartones, botellas, envases plásticos, restos de muebles, artefactos rotos, son clasificados para intentar la venta posterior a "mayoristas" que habitualmente pagan pocas monedas por estos "productos".

La posesión de la basura crea diferencia entre los recolectores: se privilegian las calles céntricas porque la "calidad" que se arroja en ellas es superior a la de las zonas periféricas. El dominio de una calle de "primera" se defiende, muchas veces, apelando a métodos violentos. Las denominaciones de cirujas, cartoneros, basureros, responden a distintas tareas que crean status" particulares regidos por códigos y relaciones muy estrictos cuyas transgresiones suelen terminar en enfrentamientos violentos.

La basura es un indicador económico reconocido. Miles de adultos sin distinción de sexo ni edad revuelven desperdicios todas las noches. Miles de niños los acompañan. Esta dramática realidad que muestra la relación existente entre seres humanos carentes de posibilidades para obtener ocupaciones laborales dignas y la basura, considerada como un recurso económico fundamental para cubrir necesidades primarias, ha dado lugar a una compleja situación social en la que intervienen adultos, niños, funcionarios, instituciones públicas y privadas.

Con el severo nombre de *cultura de la basura* se referencia la situación descrita. La pobreza con su cara descarnada y la marginalidad con sus manos mutiladas, conforman un cuerpo habitado por ofensas y humillaciones que saben de antiguas privaciones y que actualmente se han exacerbado a niveles inimaginables.

La marginación y "los chicos de la calle"

Las alternativas de las sucesivas políticas económicas limitaron la capacidad ocupacional en distintos períodos y, en consecuencia, la desocupación fue cíclica. El modelo vigente la convierte en crónica.

Los nuevos desocupados conforman la otra vertiente de la marginación instalada actualmente con todo rigor en la sociedad y que muestra, día a día, su rostro desencajado. La familia como institución es, tal vez, la mayor afectada por esta situación, porque al no disponer de los recursos necesarios para mantener la cohesión del grupo, condena a sus integrantes a destinos impensados, algunos de los cuales suelen marcar a los niños con rasgos indelebles. Los pequeños no encuentran en sus hogares las condiciones para el desarrollo biológico y espiritual que necesitan, sino todo lo contrario. El desolador cuadro de una familia - padre e hijos- hurgando en la basura que se arroja a la calle para seleccionar las "piezas" que pueden tener algún valor comercial y, en no pocas oportunidades, revisando cuidadosamente el contenido de los paquetes de desperdicios para encontrar alimentos que ingieren - padres e hijos- crea en el niño un profundo resentimiento, el cual conlleva a conflictivas relaciones que culminan en maltrato y castigos corporales, algunos de éstos muy crueles⁽³⁾.

Las crónicas periodísticas informan acerca de la cantidad de niños que ingresan en los hospitales, dispensarios y centros de salud debido a las lesiones que les ocasionan personas mayores y que en más de una oportunidad les producen la muerte. En la mayoría de los casos los niños son castigados en el propio hogar por sus familiares más directos: padres, madres, hermanos, tíos, padrastros o personas allegadas a éstos.

De acuerdo a las informaciones suministradas por las instituciones que tratan esta problemática, el maltrato producido fuera del ámbito familiar es mínimo debiéndose señalar que solamente se conocen las denuncias realizadas en dependencias públicas - están obligadas a informar a la justicia- pues en los establecimientos privados, habitualmente, no se facilitan datos.

"Un hombre quemó las manos de sus tres pequeños hijos porque no se callaban"; "el niño, en estado de inanición, estaba encadenado a la pata de la cama"; "una mujer quemaba los órganos genitales de su hija con una cuchara caliente". Estas noticias provocan espanto y generalmente trascienden por denuncias de vecinos, de los parientes que no habitan la casa y en última instancia, por los propios agresores al comprobar que el daño infligido es de magnitud y no les queda otro recurso que llevar a la víctima al hospital. En estos casos las explicaciones se repiten: "el niño se cayó de la silla"; "la pava con agua hirviendo cayó sobre la chica que jugaba en la cocina".

El silencio cubre la situación y son los propios familiares los cómplices de los agresores. La institución familiar se fragmenta perdiendo las normas de solidaridad que las sustentaron y aparece el más innoble sentimiento de desinterés por la vida de los niños. Estas situaciones se verifican en la totalidad de la trama social y se agudizan a medida que la subsistencia del grupo se complica por las dificultades económicas derivadas de la falta de ocupación laboral.

Malos tratos e indigencia familiar son las motivaciones fundamentales que conducen al niño al abandono de su hogar. Frente a él, la calle.

Por otra parte, la prematura e indebida participación de niños en un aberrante sistema pseudo- productivo en el que se cambian por pocas monedas, o por comida, jornadas de trabajo -a veces a instancias de la propia familia, que pretende paliar gravísimas deficiencias por falta de ingresos genuinos- marca al menor un camino despiadado: la calle. Esta aparece como un refugio y se convierte en morada para miles de menores que se alejan de sus hogares. La calle se convierte en hábitat sustituto único.

Antes, la violencia estaba instalada en la casa - por acción directa de los mayores o por la falta de recursos, la cual no les aseguraba la alimentación básica- ahora, la violencia define el espacio de la calle: dependencia de otros menores, de adultos inescrupulosos, de policías corruptos; castigos, violaciones, prostitución infantil y consumo de drogas, marcan horas de angustia que crecen hasta el terror, cuando la noche se adueña de la gente y de las cosas.

La calle no solamente no es una solución, sino que se convierte en una verdadera trampa de la cual resulta muy difícil salir. Los chicos forman, pequeños grupos, regidos por severos códigos implementados por ellos mismos, cuya única actividad es practicar la mendicidad en sus múltiples variantes.

La escuela les es absolutamente ajena, ya que no pueden cumplir con la rutina de asistencia ni con sus exigencias específicas. Ambos requerimientos son inherentes a la actividad escolar y suponen la existencia de un núcleo familiar de apoyo, que no existe. Si no pueden ser contenidos por la familia, menos puede hacerlo la escuela.

Muchos cometen pequeñas trasgresiones que fatalmente derivan en delitos mayores, y como consecuencia de ello, enfrentan todas las modalidades represivas que la socie-

dad implementa en su defensa. "Chicos de la calle" y "represión policial" constituyen una trágica relación que siempre ofrece los cuerpos de los niños destrozados, ya que las fuerzas policiales actúan despiadadamente y los someten a severos castigos⁽⁴⁾.

La represión formal y la "ilegal", constituída esta última por los llamados "escuadrones de la muerte" que, desde hace muchos años asesinan a los chicos en Brasil y ha extendido su modalidad operativa a otros países en América Latina, incluyendo la República Argentina, son parte de una realidad cruel que define el presente.

El sistema no quiere enfrentar la problemática del "niño de la calle", uno de los más delicados que tiene la sociedad - y agrava la ilicitud de su proceder con una actitud tolerante hacia quienes pretenden eliminarlos. La opción es trágica: si no los protege - como corresponde- , el Estado no asume responsabilidades respecto de ellos.

El futuro que ofrece la calle es atroz: la prematura muerte - que no les "suele llegar con recato", como anuncia Borges a marginados de otros tiempos, sino que se presenta con estridencia, pues se inscribe en crónicas policiales -, deja de importar rápidamente porque, en última instancia, el destino de los marginados nunca ha sido de real interés para los sectores que disfrutaban de la estabilidad y se encuentran encuadrados en las fronteras acotadas por las sociedades estructuradas. Así se establece una perversa relación: los chicos de la calle no reconocen limite alguno y las sociedades tampoco los tienen, o - dicho de forma directa- la sociedad tampoco tiene límites contra ellos.

Los gobiernos no han instrumentado políticas eficaces para enfrentar esta problemática y las iniciativas privadas, originadas en instituciones de bien público, carecen de los medios y los recursos necesarios para solucionar la situación.

La desocupación es un flagelo que condena a los más débiles y por ello, cientos de niños deambulan fuera de sus hogares asediados por infinitos peligros. Cuando, en 1901, Janusz Korczak escribió "Los chicos de la calle", la descripción de las vicisitudes de los pequeños que entonces vivían en Varsovia a cielo abierto, da una visión muy cercana de la actualidad. Por supuesto que son otras las realidades y las modalidades pero las víctimas son las mismas. La opulenta sociedad polaca ignoró lo que el joven estudiante de medicina denunciaba, tanto como la actual. La sociedad "Asistencia al Huérfano" existía desde 1908 - allí se desempeñaba Stefania Wilcynska-, pero sus servicios eran limitados ante la cantidad de niños que requerían atención; la misma situación ocurre ahora. Si hoy la solución es habilitar locales para albergar a quienes cambiaron la familia por la calle, el posible esfuerzo que pueda demandar esta salida resultará vano, porque alcanzará a muy pocos niños. Sirva como ejemplo manifestar que solamente en Rosario hay en la calle más de 3.000 niños de los cuales, aproximadamente, 300 son considerados "chicos de la calle" porque viven en ella.

¿Dónde se los puede contener?

¿De qué manera?

Las preguntas se refieren al espacio físico - en sí mismo un serio problema, y a la atención que se puede instrumentar, aspecto sumamente delicado, porque si bien los chicos de la calle son menores de poca edad -3, 4, 5,... 14, 15 años aproximadamente -, en realidad no son niños, pues tienen un grado de madurez que los proyecta prematura-

mente en la adolescencia. Dejaron de ser niños porque las fantasías infantiles les fueron arrancadas. García Lorca dicen en un poema: "Devolvedme mi espada de madera", reclamando por su niñez ausente. Si estos niños tienen una espada de madera es muy posible que la utilicen como un arma real, y le resten toda significación simbólica.



“Padre e hijo”

1994

Isaac Celnikier

Uno de los sobrevivientes
del Asilo de Huérfanos Judíos
de Varsovia en el cual él
estuvo internado de los once
a los catorce años de edad

Los principios educativos con los que Korczak organizó sus asilos no se pueden aplicar en el presente⁽⁵⁾. Saber que un Tribunal de Justicia, formado por niños y por docentes, pudo entender en situaciones que comprometían a los adultos, parece quimérico. Por supuesto que en las teorizaciones sobre los comportamientos y las relaciones entre niños y adultos todo es posible, pero la praxis señala que las experiencias llevadas a cabo por el maestro polaco son inviables, por lo menos a nivel masivo, ya que significaban nada más - pero también nada menos- que restar poder a las conclusiones de las instituciones y repartirlo con los educandos, en todos los casos menores y, especialmente, menores marginados.

Esta traslación del poder del maestro al niño respondió al criterio de superar la dicotomía niño- obediencia, adulto-mando, que Korczak trató en numerosas publicaciones y especialmente en "El derecho del niño a ser respetado", que editó en 1929. Ha transcurrido mucho tiempo - más de medio siglo- desde entonces y la figura del niño maltratado y humillado es la misma, pese a la profusión de normas legales que intentan acotar la responsabilidad social.

Las "protecciones" legales

La República Argentina es un país organizado jurídica y administrativamente con los principios republicanos de las democracias contemporáneas. Una gama amplísima de normas, leyes, códigos e instituciones oficiales y privadas protege a los menores. En la reciente reforma de la Constitución Nacional se incorporaron distintos tratados internacionales, entre los que se encuentran la "Declaración Universal de los Derechos

Humanos" y la "Convención sobre los Derechos del Niño" ambos instrumentos sancionados por las Naciones Unidas. Pero toda la normativa existente choca bruscamente con la realidad social, que muestra no ya las huellas del descalabro social, sino a los propios protagonistas indefensos ante la falta de respuestas por parte de la sociedad, que no cuenta con los medios necesarios para superar los cuadros de miseria existentes.

UNICEF desarrolla una activa tarea de divulgación de los derechos de los menores y ha acuñado una feliz expresión: "Primero los niños". Se entiende que las prioridades les deben ser atribuidas y es posible que en los países del Primer Mundo sea así. Pero esa no es la situación de América Latina donde los niños son, sí, las primeras víctimas. Lo mismo acontece en la Argentina, integrada cada vez más a un continente que alguna vez importó al mundo por sus bellezas naturales y posibilidades económicas y actualmente sólo es reconocido por las profundas desigualdades sociales, que ubican a la mayoría de la población por debajo del nivel de pobreza y a amplios sectores directamente en la indigencia⁽⁶⁾

Las leyes no pueden lo que los hombres no quieren, pese a las intenciones que traslucen sus enunciados. Ya Montesquieu - uno de los fundadores de la democracia- advertía acerca de la validez de la regla, pues entendía que de poco valen las leyes si no se determinan previamente las condiciones materiales para su ejercicio.

Los discursos reconocen la existencia de un niño abstracto al cual se protege normativamente, pero miles - con nombre y apellido - viven en la calle sin que la sociedad haya podido articular alguna cobertura efectiva que les permita crecer, desarrollarse y llegar a la madurez, pues la precaria alimentación que reciben, la violencia que los envuelve y el consumo de drogas de distintos orígenes - se ha detectado en Brasil la inyección de lodo- fatalmente les reduce la vida.

Los derechos de los niños no se defienden con leyes. Es infinitamente más importante asegurar a los padres los medios de vida imprescindibles - trabajo, cobertura médica, escuela, programas asistenciales (jubilación, vacaciones)- para que puedan mantener a sus hijos.

No existen fórmulas mágicas: los hogares carenciados no pueden retener a sus integrantes, porque es muy difícil suponer que comiendo basura arrojada a la calle, se logre el clima de tolerancia y afecto que mantiene unidos a los integrantes de una familia.

La indigencia está promovida por la enunciación de programas que aseguran el mejor de los futuros a cambio del hambre actual. En tales condiciones, lo que postulan los derechos humanos no es más que una intencionalidad virtual, absolutamente alejada de la realidad.

En América Latina y, por ende, en la Argentina los conceptos de "progreso" y ética son absolutamente incompatibles, porque a las declaraciones grandilocuentes de los mandatarios de turno asegurando paz y bienestar, se opone el rostro mutilado de pueblos oprimidos y sojuzgados por el hambre.

El niño, víctima obligada de la política de la deshumanización, es anterior a toda legislación y sus necesidades deben ser satisfechas perentoriamente, A él "no se le puede responder: Mañana./ El se llama Ahora", dice en un bellissimo poema Gabriela Mistral, y agrega que "El no puede esperar porque está haciendo ahora mismo sus huesos,! criando su sangre y ensayando sus sentidos".

Janusz Korczak lo supo, no por ser médico sino por ser un hombre justo que dedicó íntegramente su vida a la defensa de la infancia. Fueron tiempos difíciles, dramáticos, esperanzados, agitados, terribles los que vivió. En ellos se sucedieron la guerra ruso-japonesa, la Primera Guerra Mundial, la liberación de Polonia del dominio de Rusia, la caída de los zares, la fundación del primer Estado Socialista, el nacimiento del nazismo, la Segunda Guerra Mundial, la invasión a Polonia, el Ghetto de Varsovia. Conflagraciones, desolación y muerte fueron sus contingencias habituales, y en ese dantesco cuadro de destrucción emergían los niños, víctimas de todas las violencias imaginables: abandono, hambre, orfandad, pestes, mutilaciones. Para ellos la guerra y la paz no ofrecían variantes. "... hay muchos niños muy débiles y enfermos. Muchos viven en pisos oscuros, húmedos e insalubres, comen mal, sufren hambre y entonces caen enfermos... Matías se acordaba de los niños con las piernas torcidas y muy pálidos que venían al campamento a pedir un poco de sopa y después la devoraban. Pensaba que esto sucedía sólo durante la guerra, pero ahora se enteró de que incluso sin guerra los niños padecían hambre", narra el maestro polaco en "El Rey Mateito I"⁽⁷⁾

A estos niños, totalmente desprotegidos, Korczak les dedicó su vida. Pero es importante destacar que siempre y permanentemente luchó - y lo hizo contra todos- por el presente de los niños. Decía, "luchamos contra el tiempo. Cada instante debe ser aprovechado; es una lástima perder una fracción de segundo". Toda su obra pedagógica es una afirmación del niño, no como hombre futuro, sino como ser presente. "Darles años de tranquilidad y ternura para que crezcan y maduren. No oprimir, ni angustiar, ni recargar, ni descuidar, ni agraviar" expresa en una carta dirigida a un amigo, en 1936⁽⁸⁾.

El nazismo desoyó estas palabras y convirtió en humo y cenizas a miles y miles de niños; también a los del asilo de Korczak.

Años después, en la Argentina, la dictadura militar que asoló al país desde 1976 hasta 1983, aplicó la metodología de exterminio del III Reich y cientos de niños fueron asesinados, pero muchos permanecen *desaparecidos*⁽⁹⁾. Fueron secuestrados - junto a sus padres- o nacieron en cautiverio en campos de concentración clandestinos desconociéndose, desde entonces, su destino⁽¹⁰⁾.

Para exigir que los pequeños fuesen localizados y restituidos a sus familias biológicas, las abuelas constituyeron, en octubre de 1977, la asociación "Abuelas de Plaza de Mayo". La lucha sistemática que emprendieron les permitió ubicar a 54 niños que, en la mayoría de los casos, permanecían en poder de los secuestradores y lograron que muchos fuesen restituidos a sus legítimas familias después de superar una infinidad de instancias jurídicas que consumieron años de gestiones.

Las "Abuelas de Plaza de Mayo" reclaman en instituciones nacionales y extranjeras y se presentan en foros internacionales porque no aceptan - no aceptaron nunca- el futuro que los represores eligieron para sus niños⁽¹¹⁾. La lucha que protagonizan, sin desmayo, es por el presente de ellos.

Janusz Korczak se preocupó, fundamentalmente, del hoy de sus niños, pero supo el trágico destino que les esperaba y no dudó en compartirlo.

El futuro se llamó Treblinka.

El maestro polaco había escrito: "Pido respeto, sino humildad, para la blanca, la cándida, la inmaculada, la santa infancia"⁽¹²⁾. Porque sus palabras fueron la pura expresión de sus sentimientos, eligió para él mismo, el destino que la barbarie nazi dispuso para los niños. El respeto que les profesó y la humildad con la que siempre los trató determinaron su decisión de acompañarlos hasta el final.

Si quienes tienen la responsabilidad de decidir, se asumiesen humildes ante el niño, la calle recogería sus risas y sus juegos, y no sus frustraciones y dolores. Por el contrario, la realidad indica que alcanzar niveles de nutrición adecuados y recuperar la identidad, no son objetivos de la dirigencia actual preocupada, sí, de asegurar ganancias desmedidas a reducidos grupos económicos. Por ello, los principios éticos no son más que enunciados utópicos y la palabra "progreso" no puede ser apelada sin encomillar porque su significación resulta equívoca: es distinta para el opresor y el oprimido.

Los niños- víctimas que amó Korczak aún existen, y nos miran desde la soledad y el rencor porque el mundo aún no ha comprendido las palabras que el maestro inmolado puso en boca del protagonista de "SI yo volviera a ser niño": *la humanidad soy yo, un niño pequeñito que busca con afán.*

Notas

1. Castagna, A., Pellegrini, J.L. Y Woelflin, M.L.: *Desarrollo de la actividad industrial, Ediciones De Aquí a la Vuelta, Rosario, 1990.*
2. Bonaparte, Héctor: *Los que llegaron del interior, Ediciones De Aquí a la Vuelta, Rosario, 1990.*
3. Carpio, Jorge; Minujin, A. y Vinocur, P.: *Infancia y pobreza en la Argentina, Ed. UNICEF Argentina, Bs. As., 1990.*
4. Neuman, Elias: *Los homicidios de cada día, Ed. Catálogos, Bs. As., 1994.*
5. Mortkowicz-Ulczakowa, Hanna: *Janusz Korczak, Maestro y Mártir, Ed. ICUF, Bs. As., 1968.*
6. Bustelo, Eduardo 8. e Isuani, E.A.: *Mucho, poquito o nada. Crisis y alternativas de política social en los '90, Ed. UNICEF Argentina, Bs.As., 1990.*
7. Janusz Korczak: *El Rey Mateito 1, Ed. Anaya, Madrid, 1968.*
8. Mortkowicz-Olczakowa, Hanna: *op. cit.*
9. Amnistía Internacional: *Desapariciones, Ed. Fundamentos, Madrid, 1983.*
10. Autores varios: *La desaparición, crimen contra la humanidad, Ed. Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, Bs. As., 1987.*
11. Niños desaparecidos, Ed. Abuelas de Plaza de Mayo, Bs. As., 1987.
12. Janusz Korczak: *El derecho del niño al respeto, Ed. Trillas, México, 1993.*
14. 1993.